

# EL OJO RECUPERADOR

ÁNGELA GARCÍA



lo largo de la vida los gestos cotidianos, anónimos, imperceptibles se han agarrotado al cuerpo. Y la evocación también es de piedra. Los descendientes la han adosado a los capiteles y pórticos, a los arcos y pilares, a los contrafuertes y bóvedas. A lo largo de los siglos escultórica crónica para los descendientes. Pétreos eventos de excepción, ceremonias de mármol que immortalizan las encrucijadas humanas convertidas en ritual. Se ha interpuesto la piedra, sinónimo de tiempo al estadio final del polvo.

Escultórico quehacer de Cronos, inaprensible mortalidad de ademanes y oficios. Repetición de los ritos, de los hábitos. En piedra o mampostería se reportaba el peregrinaje, los sucesos. La contorsión de la queja, el mohín del miedo, el prurito del servilismo o el orgullo, la mueca del desdén. Los pueblos con sus ceremonias y fiestas. Dibujo o caricatura de hombres y mujeres encarnando las versiones de la edad media gallega, en estas gentes que Alfredo Erias convoca de nuevo con su pincel de luz infrarroja en un efecto de íntimo revelado. Aquí con arcos propios y miniados sin oropimente pero con azafrán, cobaltos, fucsia y verdes, acentuados los rasgos arqueológicos, la majestuosidad del románico preserva cierta inocencia respaldada en la elementalidad del trazo.

El edificio moral representado en una cabeza de calavera sobre las rodillas de la mujer escarmentada, en las fauces apocalípticas que devoran la muchedumbre de condenados o el halo lumínico de los escasos

salvados. El bosque umbrío en la representación de la caza, hombres armados de lanzas y perros. La viveza del mercado y el jolgorio de la plaza en los músicos y sus instrumentos, en los acróbatas. El presagioso contraluz de iglesias, claustros y oratorios en los escuetos retratos de santos, obispos, jueces. Las estructuras y fortificaciones, palacios y catedrales percibidas con su total monumentalidad en las imágenes de damas o princesas, caballeros o reyes. Toda una arquitectura emanando de los roles humanos. El huroneo del arqueólogo convertido en pintor hace hablar de nuevo la edad media entresacada de lo escultórico y en la sala mantiene su origen de piedra, la misma fijación, la misma rigidez de forma. La historia sigue siendo contada por la piedra pero en la tabla. Desciende de los capiteles, las columnas, los contrafuertes, aristas, pilares, arcos y pórticos y se instala al nivel del espejo. El espectador distingue un asunto argumentativo en semejante fidelidad del pincel a la piedra. Aquí no hay una historia pasiva, hay un reporte crítico de los poderes, los espurios juicios humanos, el guiño supersticioso a las fuerzas naturales, el trato con un dios que privilegia o condena, la prolongada edad de piedra de la conciencia humana.

Son polvo en gesto, arte fugaz. Son túmulos compactos en el rito. Humanidad irremisiblemente disuelta en la muerte manifestada en el estatismo de los retratos mostrando la ondulación del camino, su danza. El ojo recuperador del historiador actualiza el empecinamiento del drama humano, le da otro espacio de contemplación.



## ESCULTURA DE TIEMPO

Entre los acontecimientos  
o las encrucijadas sorprendivas  
imperceptiblemente  
al cuerpo se agarrotan los gestos  
trazan un devenir o una caricatura.  
¡Ay las máscaras que dosifican  
el tributo a la piedra!  
Ninguna ciencia, ninguna modernidad  
ha escamoteado el rito único:  
polvo - carne - polvo  
Lenguaje que se vuelve eco  
rostro convertido en mueca.  
¡Ah qué talla la del tiempo!  
Por generaciones el ademán insiste  
persiste el mohín del prurito,  
se contorsiona la queja,  
en los capiteles se retrata el miedo.  
Ejercicio de la muerte en altares  
inmortalizado.  
Y la dicha y la devoción  
sólo momentos.  
El camino es el escenario  
para el oficio único  
apócrifo en la espina de las edades.  
Entre santos, héroes o bufones  
muda el viajero de atavío  
sus rutas cambian ceremonias  
por caricaturas  
bajo la luz infrarroja del revelado.

ÁNGELA GARCÍA  
3-IX-2006